



Diócesis  
de Jaén

**CURSO 2022-2023**  
**PAUTAS PARA UN ITINERARIO**  
**SINODAL DE CONVERSIÓN**  
**PASTORAL EN LA DIÓCESIS**

**CUARTO ENCUENTRO (ENERO 23)**  
**«DIBUJAMOS LOS VALORES»**  
**PREPARACIÓN PERSONAL**

## Toma nota: es tu responsabilidad preparar personalmente el encuentro

*En los meses pasados experimentamos la sinodalidad. Solo en este estilo podemos hacer un verdadero itinerario de conversión pastoral. La sinodalidad es un camino con dos direcciones: la dirección de ida es la escucha; la de vuelta, el hablar. Para hacer camino juntos, necesitamos oír al otro, comprender sus razones, sentir sus emociones, entender sus desencantos, empatizar con lo que lo emociona. Pero necesitamos también comunicar a los demás lo nuestro. En las reuniones de discusión hacemos las dos cosas: escuchar y hablar. Prepárate personalmente para hablar, no llegues al encuentro sin haber hecho tu propia reflexión personal. Lee los textos que te ofrecemos, hazlos tuyos y piensa (¡e incluso toma notas!) lo que te sugieran las cuestiones que te proponemos, para que puedas ofrecer a quienes te escuchen luego un discurso coherente. No vayas al encuentro sin haber leído y meditado, porque si lo haces, correrás el riesgo de hablar de lo primero que se te ocurra o de ese tema del que de manera recurrente hablas y privarás a tus hermanos de la profundidad que cabe en ti y harás que el diálogo sea menos fluido y menos ajustado al tema que se está tratando.*



# TEXTOS

## 1 Evangelii Gaudium (262-283)

### Motivaciones para un renovado impulso misionero

**262.** Evangelizadores con Espíritu quiere decir **evangelizadores que oran y trabajan**. Desde el punto de vista de la evangelización, **no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón**. Esas propuestas parciales y desintegradoras sólo llegan a grupos reducidos y no tienen fuerza de amplia penetración, porque mutilan el Evangelio. Siempre hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad<sup>1</sup>. Sin momentos detenidos de ado-

---

<sup>1</sup> Cf. *Propositio* 36.

ración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración, y me alegra enormemente que se multipliquen en todas las instituciones eclesiales los grupos de oración, de intercesión, de lectura orante de la Palabra, las adoraciones perpetuas de la Eucaristía. Al mismo tiempo, «se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la Encarnación»<sup>2</sup>. Existe el riesgo de que algunos momentos de oración se conviertan en excusa para no entregar la vida en la misión, porque la privatización del estilo de vida puede llevar a los cristianos a refugiarse en alguna falsa espiritualidad.



---

<sup>2</sup> Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 52: AAS 93 (2001), 304.

**263.** Es sano acordarse de los primeros cristianos y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una gran resistencia activa. Hay quienes se consuelan diciendo que hoy es más difícil; sin embargo, reconozcamos que las circunstancias del Imperio romano no eran favorables al anuncio del Evangelio, ni a la lucha por la justicia, ni a la defensa de la dignidad humana. En todos los momentos de la historia están presentes la debilidad humana, la búsqueda enfermiza de sí mismo, el egoísmo cómodo y, en definitiva, la concupiscencia que nos acecha a todos. Eso está siempre, con un ropaje o con otro; viene del límite humano más que de las circunstancias. Entonces, no digamos que hoy es más difícil; es distinto. Pero aprendamos de los santos que nos han precedido y enfrentaron las dificultades propias de su época. Para ello, os propongo que nos detengamos a **recuperar algunas motivaciones que nos ayuden a imitarlos hoy**<sup>3</sup>.

## El encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva

**264.** La **primera motivación** para evangelizar es **el amor de Jesús que hemos recibido**, esa experiencia de ser

---

<sup>3</sup> Cf. V. M. Fernández, «Espiritualidad para la esperanza activa». Acto de apertura del I Congreso Nacional de Doctrina Social de la Iglesia, Rosario (Argentina), 2011: UCActualidad 142 (2011), 16.

salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón



abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: «Cuando estabas debajo de la higuera, te

vi» (Jn 1,48). ¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definiti-

va, «lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos» (1 Jn 1,3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivar-nos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás.

**265.** Toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida. Cada vez que uno vuelve a descubrirlo, se convence de que eso mismo es lo que los demás necesitan, aunque no lo reconozcan: «Lo que vosotros adoráis sin conocer es lo que os vengo a anunciar» (Hch 17,23). A veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno. Cuando se logra expresar adecuadamente y con belleza el contenido esencial del Evangelio, seguramente ese mensaje hablará a las búsquedas más hondas de los corazones: «El misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espí-

ritu, una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza»<sup>4</sup>.

El entusiasmo evangelizador se fundamenta en esta convicción. Tenemos un tesoro de vida y de amor que es lo que no puede engañar, el mensaje que no puede manipular ni desilusionar. Es una respuesta que cae en lo más hondo del ser humano y que puede sostenerlo y elevarlo. Es la verdad que no pasa de moda porque es capaz de penetrar allí donde nada más puede llegar. Nuestra tristeza infinita sólo se cura con un infinito amor.

**266.** Pero esa convicción se sostiene con la propia experiencia, constantemente renovada, de gustar su amistad y su mensaje. No se puede perseverar en una evangelización fervorosa si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tuestas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su

---

<sup>4</sup> Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptoris missio* (7 diciembre 1990), 45: AAS 83 (1991), 292.

Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo. Por eso evangelizamos. El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie.

**267.** Unidos a Jesús, buscamos lo que Él busca, amamos lo que Él ama. En definitiva, lo que buscamos es la gloria del Padre; vivimos y actuamos «para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef 1,6). Si queremos entregarnos a fondo y con constancia, tenemos que ir más allá de cualquier otra motivación. Éste es el móvil definitivo, el más profundo, el más grande, la razón y el sentido final de todo lo demás. Se trata de la gloria del Padre que Jesús buscó durante toda su existencia. Él es el Hijo eternamente feliz con todo su ser «hacia el seno del Padre» (Jn 1,18). Si somos misioneros, es ante todo porque Jesús nos ha dicho: «La gloria de mi Padre consiste en que deis fruto abundante» (Jn 15,8). Más allá de que nos convenga o no, nos interese o no, nos sirva o no, más allá de los límites pequeños de nuestros deseos, nuestra

comprensión y nuestras motivaciones, evangelizamos para la mayor gloria del Padre que nos ama.

## El gusto espiritual de ser pueblo

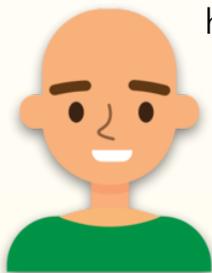
**268.** La Palabra de Dios también nos invita a reconocer que somos pueblo: «Vosotros, que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios» (1 Pe 2,10). Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. **La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo.** Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos



toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia.

**269.** Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora que nos introduce en el corazón del pueblo.

¡Qué bien nos hace mirarlo cercano a todos! Si hablaba con alguien, miraba sus ojos con una profunda atención amorosa: «Jesús lo miró con cariño» (Mc 10,21). Lo vemos accesible cuando se acerca al ciego del camino (cf. Mc 10,46-52) y cuando come y bebe con los pecadores (cf. Mc 2,16), sin importarle que lo traten de comilón y borracho (cf. Mt 11,19).



Lo vemos disponible cuando deja que una mujer prostituta unja sus pies (cf. Lc 7,36-50) o cuando recibe de noche a Nicodemo (cf. Jn 3,1-15). La entrega de Jesús en la cruz no es más que la culminación de ese estilo que marcó toda su existencia. Cautivados por ese modelo, deseamos integrarnos a fondo en la sociedad, compartimos la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades, nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás. Pero no por obligación, no como un peso que nos desgasta, sino como una opción personal que nos llena de alegría y nos otorga identidad.

**270.** A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo.



**271.** Es verdad que, en nuestra relación con el mundo, se nos invita a dar razón de nuestra esperanza, pero no como enemigos que señalan y condenan. Se nos advierte muy claramente: «Hacedlo con dulzura y respeto» (1 Pe 3,16), y «en lo posible y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres» (Rm 12,18). También se nos exhorta a tratar de vencer «el mal con el bien» (Rm 12,21), sin cansarnos «de hacer el bien» (Ga 6,9) y sin pretender aparecer como superiores, sino «considerando a los demás como superiores a uno mismo» (Flp 2,3). De hecho, los Apóstoles del Señor gozaban de «la simpatía de todo el pueblo» (Hch 2,47; 4,21.33; 5,13). Queda claro que Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectiva-

mente, sino hombres y mujeres de pueblo. Ésta no es la opinión de un Papa ni una opción pastoral entre otras posibles; son indicaciones de la Palabra de Dios tan claras, directas y contundentes que no necesitan



interpretaciones que les quiten fuerza interpelante. Vivámoslas «sine glossa», sin comentarios. De ese modo, experimentaremos el gozo misionero de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios tratando de encender el fuego en el corazón del mundo.

**272.** El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios hasta el punto de que quien no ama al hermano «camina en las tinieblas» (1 Jn 2,11), «permanece en la muerte» (1 Jn 3,14) y «no ha conocido a Dios» (1 Jn 4,8). Benedicto XVI ha dicho que «cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios»,<sup>5</sup> y que el amor es en el fondo la única luz que «ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar»<sup>6</sup>. Por lo tanto, cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor. Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capa-

---

<sup>5</sup> Benedicto XVI, Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 16: AAS 98 (2006), 230.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, 39: AAS 98 (2006), 250.

citados para descubrir algo nuevo de Dios. Cada vez que se nos abren los ojos para reconocer al otro, se nos ilumina más la fe para reconocer a Dios. Como consecuencia de esto, si queremos crecer en la vida espiritual, no podemos dejar de ser misioneros. La tarea evangelizadora enriquece la mente y el corazón, nos abre horizontes espirituales, nos hace más sensibles para reconocer la acción del Espíritu, nos saca de nuestros esquemas espirituales limitados. Simultáneamente, un misionero entregado experimenta el gusto de ser un manantial, que desborda y refresca a los demás. Sólo puede ser misionero alguien que se sienta bien buscando el bien de los demás, deseando la felicidad de los otros. Esa apertura del corazón es fuente de felicidad, porque «hay más alegría en dar que en recibir» (Hch 20,35). Uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio.

**273.** La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivifi-



car, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás. Pero si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimientos o defendiendo sus propias necesidades. Dejará de ser pueblo.

**274.** Para compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente, necesitamos reconocer también que



cada persona es digna de nuestra entrega. No

por su aspecto físico, por sus capacidades, por su lenguaje, por su mentalidad o por las satisfacciones que nos brinde, sino porque es obra de Dios, criatura suya. Él la creó a su imagen, y refleja algo de su gloria. Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor, y Él

mismo habita en su vida. Jesucristo dio su preciosa sangre en la cruz por esa persona. Más allá de toda apariencia, cada uno es inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega. Por ello, si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida. Es lindo ser pueblo fiel de Dios. ¡Y alcanzamos plenitud cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres!

## La acción misteriosa del Resucitado y de su Espíritu

**275.** En el capítulo segundo reflexionábamos sobre esa falta de espiritualidad profunda que se traduce en el pesimismo, el fatalismo, la desconfianza. Algunas personas no se entregan a la misión, pues creen que nada puede cambiar y entonces para ellos es inútil esforzarse. Pienzan así: «¿Para qué me voy a privar de mis comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado importante?». Con esa actitud se vuelve imposible ser misioneros. Tal actitud es precisamente una excusa maligna para quedarse encerrados en la comodidad, la flojera, la tristeza insatisfecha, el vacío egoísta. Se trata de una actitud autodestructiva porque «el hombre no puede vivir sin esperanza: su vida, condenada a la insignificancia, se volvería insoportable»<sup>7</sup>. **Si pensamos que las cosas no van a cambiar, recordemos que Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte y está lleno de poder.** Jesucristo verdaderamente vive. De otro modo, «si Cristo no resucitó, nuestra predicación está vacía» (1 Co 15,14). El Evangelio nos relata que cuando los primeros discípulos salieron a predicar, «el Señor colaboraba con ellos y confirmaba la Palabra» (Mc 16,20). Eso también sucede hoy. Se nos invita a descubrirlo, a vivirlo. **Cristo resucita-**

---

<sup>7</sup> II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Mensaje final, 1: L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (29 octubre 1999), 10.

**do y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda.**

**276.** Su resurrección no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable. Verdad que muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto. En un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible. Habrá muchas cosas negras, pero el bien siempre tiende a volver a brotar y a difundirse. Cada día en el mundo renace la belleza, que resucita transformada a través de las tormentas de la historia. Los valores tienden siempre a reaparecer de nuevas maneras, y de hecho el ser humano ha renacido muchas veces de lo que parecía irreversible. Ésa es la fuerza de la resurrección y cada evangelizador es un instrumento de ese dinamismo.

**277.** También aparecen constantemente nuevas dificultades, la experiencia del fracaso, las pequeñeces humanas que tanto duelen. Todos sabemos por experiencia que a veces una tarea no brinda las satisfacciones que

desearíamos, los frutos son reducidos y los cambios son lentos, y uno tiene la tentación de cansarse. Sin embargo, no es lo mismo cuando uno, por cansancio, baja momentáneamente los brazos que cuando los baja definitivamente dominado por un descontento crónico, por una acedia que le seca el alma. Puede suceder que el corazón se canse de luchar porque en definitiva se busca a sí mismo en un carrerismo sediento de reconocimientos, aplausos, premios, puestos; entonces, uno no baja los brazos, pero ya no tiene garra, le falta resurrección. Así, el Evangelio, que es el mensaje más hermoso que tiene este mundo, queda sepultado debajo de muchas excusas.

**278.** La fe es también creerle a Él, **creer que es verdad que nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad.** Es creer que Él marcha victorioso en la historia «en unión con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles» (Ap 17,14). Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol (cf. Mt 13,31-32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (cf. Mt 13,33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (cf. Mt 13,24-30), y siempre puede sorprendernos gratamente. Ahí está,

viene otra vez, lucha por florecer de nuevo. La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva!

**279.** Como no siempre vemos esos brotes, nos hace falta una certeza interior y es la convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos, porque «llevamos este tesoro en recipientes de barro» (2 Co 4,7). Esta certeza es lo que se llama «sentido de misterio». Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo (cf. Jn 15,5). **Tal fecundidad es muchas veces invisible, inaferrable, no puede ser contabilizada.** Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor, no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor a Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia. Todo eso da vueltas por el mundo como una fuerza de vida. A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial, no es tampoco una

organización humanitaria, no es un espectáculo para contar cuánta gente asistió gracias a nuestra propaganda; es algo mucho más profundo, que escapa a toda medida. Quizás el Señor toma nuestra entrega para derramar bendiciones en otro lugar del mundo donde nosotros nunca iremos. El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca.

**280.** Para mantener vivo el ardor misionero hace falta **una decidida confianza en el Espíritu Santo**, porque Él «viene en ayuda de nuestra debilidad» (Rm 8,26). Pero esa confianza generosa tiene que alimentarse y para eso necesitamos invocarlo constantemente. Él puede sanar todo lo que nos debilita en el empeño misionero. Es verdad que esta confianza en lo invisible puede producirnos cierto vértigo: es como sumergirse en un mar donde no sa-



bemos qué vamos a encontrar. Yo mismo lo experimenté tantas veces. Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!

## La fuerza misionera de la intercesión

**281.** Hay **una forma de oración que nos estimula particularmente a la entrega evangelizadora y nos motiva a buscar el bien de los demás: es la intercesión.** Miremos por un momento el interior de un gran evangelizador como san Pablo, para percibir cómo era su oración. Esa oración estaba llena de seres humanos: «En todas mis oraciones siempre pido con alegría por todos vosotros [...] porque os llevo dentro de mi corazón» (Flp 1,4.7). Así descubrimos que interceder no nos aparta de la verdadera contemplación, porque la contemplación que deja fuera a los demás es un engaño.

**282.** Esta actitud se convierte también en **agradecimiento a Dios por los demás:** «Ante todo, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo por todos vosotros» (Rm 1,8). Es un agradecimiento constante: «Doy gracias a Dios sin cesar por todos vosotros a causa de la gracia de Dios que os ha sido otorgada en Cristo Jesús» (1 Co

1,4); «Doy gracias a mi Dios todas las veces que me acuerdo de vosotros» (Flp 1,3). No es una mirada incrédula, negativa y desesperanzada, sino una mirada espiritual, de profunda fe, que reconoce lo que Dios mismo hace en ellos. Al mismo tiempo, es la gratitud que brota de un corazón verdaderamente atento a los demás. De esa forma, cuando un evangelizador sale de la oración, el corazón se le ha vuelto más generoso, se ha liberado de la conciencia aislada y está deseoso de hacer el bien y de compartir la vida con los demás.



**283.** Los grandes hombres y mujeres de Dios fueron grandes intercesores. La intercesión es como «levadura» en el seno de la Trinidad. Es un adentrarnos en el Padre y descubrir nuevas dimensiones que iluminan las situaciones concretas y las cambian. Podemos decir que el corazón de Dios se conmueve por la intercesión, pero en realidad Él siempre nos gana de mano, y lo que posibilitamos con nuestra intercesión es que su poder, su amor y su lealtad se manifiesten con mayor nitidez en el pueblo.

## 2 Una Iglesia en la encrucijada de su misión<sup>8</sup>

### Protagonistas en el escenario histórico

*De otro modo, pero siendo realmente Iglesia.* Este lema debería guiar nuestro discernimiento, a la búsqueda de un equilibrio difícil pero necesario. Es la tarea del presente, que perfilaremos en sus ejes fundamentales: **a)** cuando tantas seguridades se tambalean -en la Iglesia y en la sociedad-, muchos se preguntan sobre qué suelo firme tenemos que caminar como cristianos; **b)** cuál es el estilo que debe reflejarse en nuestras actitudes y nuestros comportamientos; **c)** en función de ello -pero después-, cuáles deben ser las prioridades que orienten nuestro protagonismo en la historia.

### El suelo firme que da seguridad a nuestros pasos

Ese suelo podemos identificarlo desde la carencia más clamorosa durante el confinamiento: no había eucaristía dominical. Faltaba no solo un rito o una costumbre, sino algo que los seguidores de Jesús consideraban esencial desde Pascua/ Pentecostés: reunirse en un lugar, como

---

<sup>8</sup> Eloy Bueno dela Fuente, «Levántate que te está llamando». *Una Iglesia perpleja en la encrucijada de su misión* en *Vida Nueva* 3.207.

un «nosotros», constituido como asamblea en torno al Señor que convoca haciéndose presente, como experiencia irrenunciable de rostros y de nombres que se conocen y se hablan, con la conciencia de haber sido llamados del mundo real para ser de nuevo enviados a ese mundo real, portadores de una novedad que el mundo no puede dar... Es ocasión para comprender que la eucaristía hace la Iglesia, configura un nosotros protagonista en una historia en la que hay pandemias, dramas, guerras, injusticias, pero también ilusiones y expectativas, proyectos, ideales ...

La experiencia de lo que faltaba permite visitar y reinventar lo que nos hace Iglesia y nuestro protagonismo peculiar, porque hay pilares sólidos en el suelo que pisamos.

**a.** La eucaristía confirma que no somos cristianos por defender unos valores o unas ideas, sino por ser **protagonistas de un acontecimiento** que nos precede, nos seduce, nos transforma y nos compromete. Como tantas veces han repetido Benedicto XVI y Francisco, no se empieza a ser cristiano más que en virtud de un encuentro que suscita sorpresa y genera alegría; no hay por ello misión o evangelización más que como irradiación, como atracción, como comunicación de una experiencia vital. Ese acontecimiento no es otro que la Pascua, protagonizada por un Dios vivo y trinitario, que no contem-

pla la historia desde fuera, distante e indiferente. ¿No es precisamente la eucaristía memorial y actualización de ese acontecimiento único y singular? Especialmente en momentos de transición o de convulsión, hay que colocar en primer lugar la positividad cristiana (un hecho y un personaje) como el mejor antídoto contra toda contaminación ideológica y contra las polarizaciones que dividen y enfrentan. Baste un ejemplo poco conocido pero significativo. En 2019, celebrábamos el centenario de la carta apostólica *Maximum illud*, de Benedicto XV: la I Guerra Mundial había destrozado el proyecto misionero de la Iglesia a nivel material y había cuestionado sus presupuestos y metodología. Había que comenzar de nuevo. Por ello, el Papa interviene recordando el suelo en el que había que apoyarse: el envío del Resucitado a evangelizar a todos los pueblos, que exigía -como servicio a la misión y al encuentro entre los pueblos- superar los particularismos generados por el etnocentrismo, por los intereses nacionales, por la competitividad intra-ecclesial.

**b.** El proyecto histórico que se condensa en el misterio pascual tiene un **alcance universal, su horizonte es la humanidad entera**. En el origen se encuentra el Padre que crea a todos como hermanos. Por ello, tiene como objetivo restaurar la unidad de la familia humana siempre amenazada o desgarrada, reconciliar a quienes están enfrentados, curar las heridas y las llagas de la vio-

lencia histórica, abrir alternativas a los dramas que enfrentan a las personas y oscurecen el futuro ... Por eso, la mirada de la Iglesia ha de ser amplia, ha de pensar a lo grande. En el cristiano se hace presente la pasión de la Trinidad por la felicidad de la humanidad, tiene que prolongar la entrega de Jesús en favor de los más necesitados y el comportamiento del samaritano que se hace prójimo de los olvidados en las orillas del camino. Los desgarros de la familia humana constituyen el escenario de la misión, que por ello ha de ser universal, como lo ha hecho la Iglesia saltando barreras, cruzando orillas, llegando a todas las periferias.

**c.** En ese dinamismo histórico, en el horizonte de la misión, surge **la Iglesia como una realidad personal**. No puede ser vivida ni entendida ni organizada como estructura, sino como comunión de personas (humanas y divinas). El templo de Dios, que es edificado por el Espíritu, no se levanta con piedras muertas, por muy hermosas que sean, sino con piedras vivas. Pertenecer a la Iglesia solo tiene sentido como ser-Iglesia. Desde el bautismo debe quedar superada la distancia entre la conciencia subjetiva del creyente y la realidad compartida de ser-Iglesia. Por eso es tan importante una espiritualidad que sea cordial y sinceramente eclesial, pues pensar en la Iglesia como algo distinto a uno mismo constituye un auténtico cáncer para el protagonismo histórico. Esa realidad personal que es la Iglesia no existe

de modo abstracto o genérico (en una universalidad difusa), sino que se hace real y actual como iglesia local, como un «nosotros» que reside en un lugar concreto, como un grupo social que se diferencia de los demás; se alimenta de la savia de una cultura (es local) y vive en comunión con las otras iglesias (es universal). Ciertamente, el papa juega un papel fundamental, pero no se puede focalizar en él tareas y funciones que corresponden a las iglesias concretas (también el papalismo adopta máscaras muy diversas).

**d.** Ello implica una precisa **concepción del ser humano como persona**: creado a imagen a Dios, como único ser amado por sí mismo, llamado por eso a una comunión que es garantía de esperanza y de felicidad. Por ello, afirma y defiende que cada ser humano está dotado de una dignidad inviolable, que debe ser salvaguardada frente a los intentos permanentes de manipulación o de explotación, que nunca deberá ser utilizada como medio o instrumento. En Jesús, el Hijo encarnado, encuentra la realización auténtica de lo humano: fidelidad a la misión, servicio en favor de todos sin exclusiones, generosidad que se libera del interés individualista, la transparencia de la gratuidad...

**e.** Desde su enraizamiento en el proyecto de Dios y desde la referencia a Cristo, la Iglesia y cada cristiano se insertan entre los pueblos y grupos humanos con una

misión profética que aspira a transformar el mundo. Desde la dimensión escatológica de algo definitivo, libre de las ataduras de los intereses mundanos, ofrece su testimonio y su compromiso por medio de la denuncia y de la interpelación, pero, sobre todo, presentándose como un grupo social diferente (pues sin ello no pasaría de ser una más entre otras agrupaciones humanas).

## **Un estilo que es una espiritualidad**

Entre las incógnitas del presente, como respuesta a sus desafíos, la Iglesia encuentra en los núcleos de su fe y en los tesoros que ha desarrollado, un estilo, un modo de

ser y de actuar; antes de fijarse en las cosas que ha de realizar, debe estar claro el modo de hacerlas y, por ello, la impronta que las ha de caracterizar. La partitura es accesible a muchos intérpretes, pero el estilo establece las diferencias.

El estilo brota en la respuesta que la libertad humana ofrece a la realidad con la que carga y de la que se encarga. Esa respuesta, siempre distinta y creativa, está sostenida por el Espíritu: florece como milagro, como la gracia de algo nuevo y genuino, fresco y ligero. Por eso, el estilo es una espiritualidad. Y la espiritualidad solo es expresión de vida y fuente de historia cuando implica el estilo con el que carga con la realidad y se encarga de

ella. Es el filo que separa la resignación y la esperanza. Estamos en el momento de la invención del estilo adecuado.

**a. La libertad propia de la Pascua**, que contempla con realismo la dureza de la realidad, pero con una mirada gozosa y esperanzada que rescata de miedos y angustias... ; por eso el contenido del kerigma pascual (Cristo vive, como garantía de esperanza) debe estar presente en todas y cada una de las acciones y actividades eclesiales.

**b. Una sensibilidad laica y laical:** laica, porque, gracias a los bautizados, la Iglesia entera se encuentra inserta en el entramado social, en la complejidad de sus dramas y



de sus proyectos; laical, porque todos los bautizados -no solo los ordenados- están en condiciones de representar a la Iglesia, presentándose como su rostro y su imagen (y no simplemente como delegados o auxiliares).

**c. Una Iglesia transparente, porque no tiene nada que ocultar**, porque no establece zonas reservadas ni ámbitos opacos; solo entonces podrá actuar sinodalmente desde una eclesialidad compartida plenamente.

**d. Una Iglesia compasiva**, que se deja afectar por el sufrimiento de las personas y por las quiebras de la armonía social; cuando se deja afectar, su amor se transforma en misericordia, que se pone en movimiento para situar el corazón junto a los miserables (*miseri*) de diverso tipo.

**e. Una Iglesia abierta a la acogida y dispuesta al diálogo**, porque mira a todos como hermanos; desde una clara conciencia del propio tesoro, tiene siempre una palabra para iniciar y mantener la conversación, una aportación para cooperar ante lo que amenaza la dignidad humana. La fuerza del Espíritu la ayudará a atravesar el calvario de lo que parece intolerable, de lo que nunca podrá ser justificado (pues sigue habiendo holocaustos y campos de refugiados).

## Con vocación de protagonismo

El reconocimiento de la propia fragilidad no puede ser excusa para el repliegue, ni siquiera bajo la espiritualidad del «pequeño rebaño». La toma de conciencia de la misión universal, la firmeza del suelo que pisa y los tesoros que puede ofrecer han de convertirse en trampolín para levantarse y pensar a lo grande. Somos débiles y frágiles, pero somos católicos. Lo importante es evitar la dispersión, seleccionar las opciones que debemos privilegiar, con el fin de ofrecer solidez y vertebración a una Iglesia sin complejos en el mundo. Esta selección es difícil de precisar, pero hay que intentarlo. He aquí algunas sugerencias:

**a. Reflejar que el Evangelio contribuye a la felicidad de los creyentes**, lo cual requiere superar el abatimiento de la mirada a nivel individual (no se puede tener cara de funeral, recuerda Francisco) e irradiar el «perfume» de la Pascua en todas las actividades y celebraciones de la Iglesia; de ahí la necesidad de un plan de formación unitario que permita captar la lógica y el eje de todos los componentes teóricos, espirituales y prácticos.

**b. De modo especial, convertir la iglesia local en sujeto primario de la pastoral**, como «nosotros» eclesial en un contexto social: ello reclama la elaboración de un proyecto pastoral a medio plazo, acompañado por asam-

bleas periódicas monográficas; aquí la transparencia y la sinodalidad se concretan, como prueba de fuego, en decisiones claras, con seguimiento de los acuerdos y asunción de responsabilidades; los Consejos diocesanos no pueden ser (como decía Francisco del sínodo de los obispos) una estructura pesada y mortecina.

**c.** Las **comunidades eclesiales** pueden ser **acogedoras y habitables** cuando la iniciación cristiana incluye el ofrecimiento de espacios y tareas, cuando los ministerios son encargados de modo comunitario, cuando la eucaristía refleja la vida real de la comunidad, cuando hay transparencia en la economía y cuando las decisiones no se producen de modo unipersonal.

**d.** De cara a la transformación del mundo parece prioritario **valorar y promover la vocación política** en toda su dignidad (más allá del voluntariado, que se sitúa a nivel pre-político); asimismo, animar y apoyar la creación de empresas e iniciativas económicas desde la lógica del don y de la solidaridad; orientar la acción pastoral entre los movimientos sociales que responden a las necesidades colectivas; en los organismos pastorales debería privilegiarse la presencia de estos proyectos más creativos e innovadores.

**e.** **Identificar** los «lugares antropológicos» que requieren una mayor presencia, toda la gama de las **«nuevas po-**

**brezas»:** la soledad y el fracaso existencial, el absurdo y el sinsentido, las personas necesitadas de escucha y de acompañamiento, los estrechamientos antropológicos ante tantos mecanismos y manipulaciones que anulan la capacidad crítica y amenazan la democracia misma...

### **3** Dibujar los valores que guían a nuestra comunidad eclesial

El tercer momento de este itinerario de conversión pastoral, después de definir la misión e identificar la visión, supondría **dibujar los valores**. ¿Qué son los valores? Son **las guías o principios que nos permitirán escoger la mejor manera de llegar a ese futuro que soñamos** y que creemos que es realizable, y nos posibilitarán tomar las decisiones óptimas que nos marcarán el camino hacia la consecución de la visión. Para definir los valores tendremos que responder a esta pregunta: ¿qué nos guiará durante el trayecto entre la realidad actual y el futuro deseado para nuestra parroquia (arciprestazgo, diócesis)?

Los valores de una determinada organización o grupo social -en este caso los valores de una determinada comunidad eclesial- generan unas conductas específicas,

de las cuales se derivan unos resultados. Por eso los valores no son solo valores a los que aspiramos, sino **valores reales que nos guían, que vivimos cada día y que después se expresan en conductas concretas**. Por ejemplo, no basta con afirmar que valoramos la Misión como la razón de ser de la Iglesia si después, lo que hacemos en nuestro día a día va en contra de ésta o no la tiene en cuenta. O no basta con afirmar que uno de nuestros valores es la corresponsabilidad, si luego las decisiones importantes en la parroquia se toman sin tener en cuenta el sentir de los fieles y sin hacer discernimiento comunitario.

# CUESTIONARIO



*Recuerda que esto no es un test, ni un catálogo de preguntas que han de ser contestadas para demostrar que has trabajado. Este cuestionario es una herramienta que te puede ayudar a hacer tuyos los textos sugeridos para la lectura y a reflexionar a partir de ellos, para hacer tu aportación en el grupo cuando tengáis el encuentro en la parroquia, arciprestazgo, delegación o estamento diocesano. Si la lectura te sugiere aportaciones o dudas, anótalas, aunque no se mencionen en este cuestionario.*

**Para poder responder correctamente a estas preguntas, es necesario que hayas leído antes los documentos que te ofrecemos.**

**1** En el texto de *Evangelii Gaudium* que hemos leído, el Papa nos apunta cuatro motivaciones para renovar nuestro impulso misionero: el encuentro personal

con el Señor, el gusto de sentirse pueblo, la confianza en la acción de Jesús resucitado y de su Espíritu, y la fuerza de la intercesión. Revisemos si las estamos viendo.

A nivel personal: ¿sientes que vives estas cuatro experiencias y te impulsan a ser un discípulo más misionero?

A nivel comunitario: ¿crees que en tu grupo, parroquia, arciprestazgo, delegación... tienen fuerza estas cuatro motivaciones?

**2** El segundo texto que hemos leído nos ofrece algunas pistas sobre valores importantes que tendríamos que asumir para dar solidez a nuestros pasos y para ser «significativos» como Iglesia ante el mundo.

A partir de ellas y de lo que tú has reflexionado, ¿cuáles serían, según tú, los valores que tendría que efectivamente potenciar tu comunidad parroquial, tu arciprestazgo, tu delegación, tu diócesis...? Escribe tres, para compartirlos con los demás en el encuentro. Allí os pondréis de acuerdo para elegir los que creéis que mejor definan vuestra porción de Iglesia.

**3** Para nuestro trabajo en los próximos encuentros vamos a partir de un análisis DAFO (Debilidades, Amenazas, Fortalezas, Oportunidades). Rellena la plan-

**tilla que te ofrecemos, para poder después compartirla con los demás.**

En el análisis DAFO tenemos en cuenta los **aspectos positivos** y los **aspectos negativos**, tanto a **nivel interno** (la parroquia, el grupo, la delegación...) como a **nivel externo** (el mundo que nos rodea, la sociedad...).

**Debilidades:** Son las limitaciones con las que nos encontramos a la hora de desarrollar la tarea que nos es propia y de vivir la misión. Pero las limitaciones que tienen que ver con nosotros mismos, a nivel intraeclesial.

**Amenazas:** Son todos aquellos factores externos que nos dificultan nuestra misión.

**Fortalezas:** Son los elementos positivos que tenemos en nuestra parroquia, delegación, arciprestazgo, grupo... en los que nos podemos apoyar para desarrollar nuestra tarea.

**Oportunidades:** Son los factores positivos ajenos a la Iglesia, que podemos aprovechar para llevar a cabo nuestra misión, porque nos brindan la posibilidad de hacer algunas acciones en orden a ella.

Tendrás que construirte un cuadro según el modelo de la página siguiente y rellenarlo, para poder cotejarlo después en el grupo.

	ANÁLISIS INTERNO	ANÁLISIS EXTERNO
ASPECTOS POSITIVOS	FORTALEZAS	OPORTUNIDADES
ASPECTOS NEGATIVOS	DEBILIDADES	AMENAZAS

